

Mar
23
Ene
2018

Evangelio del día

Tercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Ildefonso de Toledo (23 de Enero)

“¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de Samuel 6, 12b-15. 17-19

En aquellos días, David fue y trajo con algazara el Arca de Dios de la casa de Obededom a la ciudad de David. Cuando los portadores del Arca del Señor avanzaban seis pasos, se sacrificaba un toro y un animal cebado. David iba danzando ante el Señor con todas sus fuerzas, ceñido de un efod de lino. Él y toda la casa de Israel iban subiendo el Arca del Señor entre aclamaciones y al son de trompetas. Trajeron el Arca del Señor y la instalaron en su lugar, en medio de la tienda que había desplegado David. David ofreció ante el Señor holocaustos y sacrificios de comunión. Cuando acabó de ofrecerlos, bendijo al pueblo en el nombre del Señor del universo. Repartió a todo el pueblo, a la muchedumbre de Israel, hombres y mujeres, una torta de pan, un pastel de dátiles y en pastel de uvas pasas. Tras lo cual, todo el pueblo se fue, cada uno a su casa.

Salmo de hoy

Sal 23, 7. 8. 9. 10 R/. ¿Quién es ese Rey de la gloria? Es el Señor en persona

¡Portones!, alzad los dinteles
que se alcen las puertas eternas:
va a entrar el Rey de la gloria. R/.

¿Quién es ese Rey de la gloria?
El Señor, héroe valeroso,
el Señor valeroso en la batalla. R/.

¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las puertas eternas:
va a entrar el Rey de la gloria. R/.

¿Quién es ese Rey de la gloria?
El Señor, Dios del universo,
Él es el Rey de la gloria. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3, 31-35

En aquel tiempo, llegaron la madre de Jesús y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dice:
«Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan».
Él les pregunta:
«¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?».
Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice:
«Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre».

Reflexión del Evangelio de hoy

A primera vista el texto evangélico puede sonar un tanto decepcionante como si Jesús no valorara la relación afectiva con su madre y sus allegados. Los que sentimos el lugar privilegiado de María en nuestra vida, en nuestra espiritualidad, puede chirriarnos ese texto. Y sin embargo es el texto que coloca a María en el lugar privilegiado que le pertenece. Sí, no es la maternidad biológica, lo que eleva a María. La biología no eleva sin más la categoría de la persona, su santidad. Lo que la eleva es la condición moral: no ser madre, sino actuar como madre. Se puede ser biológicamente madre y olvidarse de los afectos, y, en general, de lo que conlleva de humano la maternidad. Eso a veces sucede. María fue madre porque se puso a disposición de Dios, porque escuchó su palabra, y ello permitió que en ella Dios realizara su proyecto. Fue madre, porque con dificultades, - peregrinación en la fe-, guardando lo que acontecía en su entorno y en el de su hijo y meditándolo en su corazón, como reiteradamente nos dice el evangelio de san Lucas, dedicó su vida a cumplir la voluntad de Dios, como exige Jesús en el texto de este día para ser madre. Ya lo indicó san Agustín: María antes de ser madre biológica, lo fue porque se puso a disposición de Dios: “he aquí la esclava del Señor”, le dijo al ángel, que le anuncia su milagrosa maternidad. María es inimitable por su función biológica. Sí es imitable por su total disposición a lo que Dios pide de ella: ser

madre. Y esa actitud de María es lo que ha de impregnar y dar sentido a su presencia en nuestra espiritualidad, en nuestra vida.

En la letanía más tradicional de María se la proclama "arca de la alianza". Es decir, María ha sido quien ha recibido en su seno al mismo Dios, como el arca de la alianza guardaba las tablas de la ley, signo de la presencia de Dios en el pueblo. Si olvidar, sino teniendo muy presente, que María es la referencia de nuestra vida cristiana, hemos de celebrar con gozo, danzas y bailes, como hizo David y su pueblo, que como nuevo pueblo de Dios seamos templo que acoge en su seno a quien María tuvo en el suyo. Para ello hemos de estar dispuestos a cumplir la voluntad de Dios, como hizo María.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Ildefonso de Toledo

Datos biográficos

De familia visigoda muy elevada, Ildefonso, nombre al parecer germano, nace a principios del siglo VII, durante el reinado de Witerico. El hecho de su vida monástica en el monasterio agaliense induce a suponer su nacimiento en la ciudad de Toledo.

En efecto, muy joven aún ingresó, contra la voluntad de los suyos, en Agali, el monasterio de San Cosme y San Damián, en las cercanías de Toledo, célebre centro monástico en la historia eclesiástica de España, aunque no hay certeza de si ya entonces hizo profesión de los votos monásticos. De todos modos, ordenado hacia el 630 diácono de la Iglesia toledana, no fue impedimento para volver al monasterio, donde no sólo se hizo monje, sino que llegó a ser elegido abad. [...] Muerto el arzobispo Eugenio II en noviembre del año 657, Recesvinto decide nombrar metropolitano de Toledo, la Urbs regia, a Ildefonso, cuya consagración episcopal se celebra muy a finales del mismo 657.

[...] De nuestro personaje, destaca como primer rasgo de singular brillantez el fulgor de la elocuencia. El fervor de las páginas consagradas por San Ildefonso a defender la virginidad de María hacen, es verdad, muy verdadero el Elogio. Temeroso de Dios, lleno de piedad y religión, grave en su modo de andar, venerable por la honestidad de su vida, de paciencia singular, fiel guardando el secreto, sumo en sabiduría, de ingenio penetrante en sus razonamientos, son, entre otras, algunas de las características definitorias más salientes de su personalidad. Piadoso y discreto a la vez, muy laborioso y de feliz ingenio, su producción literaria resultó abundante.

Duró su pontificado al frente de la sede metropolitana de Toledo, según San Julián, nueve largos años, que sirvieron para acrisolar su virtud y poner de manifiesto sus cualidades pastorales. El hecho de que durante esos años no se celebrase ningún concilio tampoco significa que fuera hombre falto de talento, como algún especialista ha llegado a escribir. Su obra literaria, en cambio, nos descubre al hombre preocupado por los problemas pastorales de su tiempo y al incansable y formidable buscador de soluciones. Flórez data su muerte en enero del año 667. Otros tiran por el 665. Sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, de la capital de la España visigótica, su cuerpo fue trasladado en los primeros tiempos de la invasión musulmana a Zamora.

El período más importante de la vida de San Ildefonso es, a todas luces, el de su arzobispado, pues como consejero de Recesvinto influyó notablemente en los principales sucesos de su tiempo. Velando por la integridad del dogma, escribió *Libellus de virginitate*, obra de controversia teológica –sostiene la tradición que por entonces cruzaba los cielos y almas de España algún error mariano que Ildefonso habría querido atajar–, llena de doctrina católica y muy elegante, a la que luego volveremos. Refiere de igual modo la tradición que, cuando acabó de escribir esta obra el autor recibió en premio una casulla de manos de la Virgen. El arzobispo don Rodrigo y Lucas de Tuy son los primeros en narrarnos este hecho prodigioso inmortalizado en su día por el pincel de Murillo. Actualmente puede verse en la catedral metropolitana de Toledo el altar levantado en el mismo lugar de la aparición de la Virgen.

Pedro Langa, O.S.A.